

EL ENTIERRO DE VIGÍA

Carlos Stohr

Tinta sobre Papel

1980

Escrito de José Joaquín Salazar Franco "Cheguaco"

En la Isla de Margarita se cree mucho en los entierros de vigía. Se asegura que los famosos entierros de vigía, son tesoros que fueron escondidos por acaudalados de épocas remotas, para ponerlos a salvo de familiares codiciosos, saqueos por piratas, bucaneros y filibusteros, que invadían constantemente a la Isla. Se comenta asimismo, que en cada uno de los hoyos donde ocultaban los tesoros, procedían a enterrar también al esclavo que acompañaba al amo a efectuar el trabajo, para que no pudiera revelar el secreto, y para que el espíritu cuidara para siempre de la fortuna. Cada vez que se quiere justificar los "entierros de vigía", se habla de una vieja leyenda, la que fue recogida en décimas por el folklorista margariteño José Ramón Villarroel, nativo del Valle de Pedro González, y la cual narran más o menos así:

Que una vez un muerto le estaba dando un entierro a un individuo.

Que el muerto no desperdiciaba oportunidad para revelárselo en sueño.

Que le decía que el marquero principal era una frondosa cepa de tuna-españa y le indicaba precisamente el puesto.

Que le decía que el entierro era grandísimo.

Que había monedas de oro a montón y prendas de todas las especies. Pero que el entierro era de vigía y por lo tanto tenía que matar a una persona para acomodarlo en el hueco, tan pronto como se hiciera de la fortuna que allí estaba enterrada y con la cual iba a vivir feliz, todo el resto de su existencia.

Que la persona veía constantemente, por las noches, la luz que andaba y desandaba, hasta que se metía en el sitio indicado por el muerto. Pero que la luz era rojiza y botaba chispas como de candela, muy distintas a las corrientes luces de muerto, que eran azulitas, y por lo tanto, estaba convencido de que el entierro sí era condenado o de vigía. Tanto agobió el muerto al hombre, que un día, se resolvió a tirar la parada y pensó que el sacrificado podía ser un hermano suyo que era ñeco de nacimiento, y que por tanto, nunca había puestos los pies en el suelo. Pensó que el trabajo lo podría hacer sin dificultades la noche siguiente tan pronto saliera la luna, y aconsejó a su pobre hermano hasta convencerlo que lo acompañara donde un curandero amigo que le había ofrecido ponerlo buenito y sano, pero sin que le dijera nada a nadie porque se perdería a la acción; llevándolo bajo engaños hasta el sitio destinado, que de paso se ha dicho, no era muy cercano del centro poblado donde vivían.



*Fundación José Joaquín Salazar Franco
"Cheguaco"*

Se dice también que muy ufano comenzó su labor hasta tropezar sin mucha dificultad con el tesoro, pero que cuando ya iba a empezar a echarlo para fuera y darle el golpe mortal al pobre ñeco, que bajo su inocencia se había quedado dormido, se le apareció el muerto y le dijo, con una voz de ultratumba, que a ese inocente no podía matarlo él.

Que en ese momento, el hombre echó a correr despavorido dejando en el sitio todo lo que había llevado y cuál no sería su sorpresa, que al llegar a su casa se encontró que el hermano ñeco estaba durmiendo tranquilo y quieto en su chinchorro, como si no hubiera pasado nada y además, que al otro día cuando se dirigió al lugar de los hechos no consiguió junto a la cepa de tuna ni herramientas ni vestigios del trabajo que había realizado. Pero lo que no se dijo nunca, es cómo se llamaban, ni el desenterrador, ni el hermano ñeco, ni tampoco a qué persona humana había pertenecido la fortuna, ni mucho menos en qué año, ni en qué lugar fue la desventurada odisea; pero en el pueblo continúa de boca en boca la citada leyenda de ese entierro de vigía, sin que el tiempo lo haya podido extinguir por completo.

Escrito de José Joaquín Salazar Franco "Cheguaco"



*Fundación José Joaquín Salazar Franco
"Cheguaco"*